J. N. Darby

NOTAS

SOBRE

LAS EPÍSTOLAS DE JUAN
(1ª, 2ª y 3ª)

Fuente: *The Collected Writings of J. N. Darby* [1800-1882] (Stow Hill Bible and Tract Depot, Kingston-On-Thames, reimp. 1965), vol 28, págs. 207-252.

Traducción del inglés:
Santiago Escuain

Originalmente publicado en castellano en 1993 por

Verdades Bíblicas

Apartado 1469
Lima 100 - PERÚ

Casilla 1360
Cochabamba - BOLIVIA

P.O. Box 649
Addison - Illinois
EE. UU.

Edición en formato PDF para Acrobat Reader publicada en abril del año 2000 por

SEDIN

Servicio Evangélico - Documentación - Información
Apartado 126
17244 CASSÀ DE LA SELVA (Girona) ESPAÑA

www.sedin.org

NOTA: Para las citas bíblicas se ha empleado normalmente la versión Reina-Valera, revisión 1960, excepto donde se dan las menciones siguientes:

RV: Versión de Reina-Valera, revisión 1909.
V.M.: Versión Moderna de Pratt, Rev. 1923.

1ª Juan 1

La gran verdad conductora de toda esta Epístola es la que se expresa en el versículo 1: que la vida eterna ha descendido aquí abajo; una vida real, positiva. La vida eterna que era con el Padre entró realmente en este mundo en la Persona de Cristo. Lo viejo, lo que era el primer Adán, queda enteramente rechazado. Es cierto, tenemos ambas cosas en nosotros mientras estemos en el cuerpo. Pero hay el segundo Hombre, el Señor del cielo, que ha entrado, porque el primer hombre fue echado. En gracia bendita, Él desciende. Y, dice el apóstol, lo hemos visto y oído —aquel Verbo de vida— esto es, Cristo. Él estuvo andando por este mundo, otro tipo de vida de manera absoluta. Esto es lo que él llama «desde el principio». Fue una cosa enteramente nueva manifestada aquí abajo. Allá donde se introduzca la plenitud de la gracia, esto es, nuestros privilegios y relaciones, tenemos al Padre y al Hijo. Naturalmente es Dios, pero Dios expuesto en estas relaciones (vv. 1-4).

Versículos 1-3

Lo primero que tenemos aquí, en virtud de la vida que Dios nos ha dado, es la plenitud de los privilegios de los santos en Cristo. Tienen comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo. Pero, en siguiente lugar, él expone un segundo punto, y es éste: Si dices que tienes esta clase de comunión, y andas en tinieblas, es todo falso, porque las tinieblas no pueden tener comunión con la luz. Si tienes una perfecta gracia introduciendo la vida divina, la vida que fue manifestada en la Persona de Cristo y luego comunicada a nosotros, él dice a continuación: Es luz. Dios no cambia la santidad de Su naturaleza; y por ello, si estamos andando en tinieblas, la pretensión de tener comunión con ella es una completa falsedad.

En relación con esto, presenta el remedio con respecto a nuestro estado; esto es, que Cristo nos purifica y nos hace aptos para la luz. Y lo segundo que aparece en el siguiente capítulo es que cuando, en nuestra debilidad, hemos caído en pecado, «abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» La gracia ha proveído para el mal, aunque no puede haber comunión con Dios en este mal.

Primero, tenemos la plenitud de la bendición, vida eterna en Cristo; luego su naturaleza y carácter —la luz y pureza de Dios; y luego el medio por el que es posible que pecadores así puedan poseer toda esta bendición: primero por la purificación, y luego por la abogacía de Cristo.

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida.» Cristo es contemplado en este mundo como el principio de todo. No es que los santos antes no hubieran recibido vida de parte de Él arriba, sino que la cosa misma nunca había sido manifestada.

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído», etc. Era en un hombre corporalmente. Viene ahora por el poder de la palabra, pero ellos habían visto esta vida eterna en la Persona de un Hombre andando por este mundo. Así como podemos ver la vida natural en Adán, así vemos la vida divina en Cristo. Si contemplamos la vida en nosotros, está unida con fracaso; pero puedo ver y conocer lo que es la perfección de la vida contemplándola en Cristo. «Porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.» Allí la vemos y la conocemos; y nuestra espiritualidad depende del grado en el que seamos conscientes de ella. Ellos la habían visto como venida en la carne, y nos es declarada, para que tengamos comunión con ellos, y la comunión de ellos es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo. No se trata meramente de una persona justificada delante de Dios por la obra de Cristo, sino que tenemos la comunión con Dios en virtud de una vida que era en Él antes de Dios — una vida perfectamente conformada con todo lo que Dios es.

Observando la nueva naturaleza que nos es dada en su santidad y en su amor, es lo mismo que aquello que es en Dios. Él me da esta vida para que pueda haber poder. No puede revelarme cosas, pero me puede dar comunión con Dios. No se trata meramente de que esté justificado delante de Él, sino de que tengo los mismos pensamientos y sentimientos que Él; Él los tiene en Sí mismo, y siendo que nosotros los tenemos procedentes de Él, son los mismos. Hay comunión. Hay pensamientos, goces y sentimientos comunes con el padre y el Hijo, y estos los conocemos y los tenemos. Él nos ha dado el Espíritu para que haya poder, si el Espíritu Santo obra en nosotros. Todo lo que fuera perfecto en los sentimientos de un hombre, según la naturaleza divina, lo ha sentido Cristo. Si mi alma se deleita en Cristo, y ve la bienaventuranza de lo que es en Él, ¿no sé que mi Padre se deleita también en Él? Él se deleita en santidad y amor, y también nosotros. Esto es comunión. Uno tiene entonces comunión con el Padre y el Hijo. Esta es la bienaventuranza que he alcanzado. No se trata meramente del hecho de que soy aceptado, cuando antes era

pecador, sino que, siendo que Cristo ha llegado a ser mi vida, alcanzo la bienaventuranza de la comunión con el padre y con el Hijo. El Padre amó al Hijo —el Hijo amó al Padre— y yo recibo sus divinos afectos y tengo comunión con ellos. Ahí es adonde Él nos trae; es una bienaventuranza perfecta.

Versículo 4

Y esto no es meramente cierto en el cielo. Él sirvió a Su Padre sobre la tierra, cediendo Su voluntad en todo. La vida nos fue manifestada aquí, no en el cielo. Naturalmente, su plena bienaventuranza será conocida en el cielo, y por ello dice: «Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.» Ésta es la bendición en la que Él nos sitúa.

Versículos 5-6

Ahora él introduce la prueba, para que no pueda haber autoengaño. «Éste es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.» Si Él manifestó esta vida eterna, manifestó también a Dios. «Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.» Con el pensamiento de esta vida, Él introduce aquello que también pone todo en nosotros a prueba; éste es el otro lado de lo dicho. Transcurre por toda la Epístola. «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1:4). Aquí se dice: «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.» La luz es la cosa más pura, y manifiesta todo lo demás. Esto es lo que Cristo era —perfecta pureza, y como tal, Él lo manifiesta todo. «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad.» Es imposible por la misma naturaleza de las cosas. Si no existe la pureza de esta divina naturaleza que es luz en nosotros, no hay comunión con Dios. Si decimos que la hay, mentimos, y no practicamos la verdad. No hay límite más que el mismo Dios. Lo que se revela es Dios. No podéis darle luz al hombre, ni hallar la luz por vosotros mismos. Era en Sí mismo. Ahora Dios ha sido manifestado en carne, y por ello tenéis que andar «en la luz, como él está en luz». Y si lo hacemos, «tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado».

Versículo 7

Tenemos en el versículo 7 las tres partes de nuestra condición cristiana, considerada como hombres andando aquí abajo. Primero, andamos en la luz como Dios está en la luz, juzgándolo todo en base de Aquel con quien tenemos comunión. A continuación, y cosa de la que el mundo nada sabe, «tenemos comunión unos con otros». Esto es, tengo la misma naturaleza divina con cada cristiano —el mismo Espíritu Santo mora en mí; de manera que ha de haber comunión. Me encuentro con un perfecto extraño que está

viajando, y puede haber más comunión con él que con alguien a quien he conocido toda mi vida, simplemente porque la vida divina está ahí. Es una cosa natural para la nueva criatura: hay comunión. Pero, además de todo esto, soy purificado. «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.» Estamos en la luz así como Dios está en la luz. Tenemos comunión unos con otros; y somos purificados por la sangre de Jesucristo.

Versículos 8-9

Entonces él entra un poco más en la condición práctica de nuestra propia conciencia. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.» Ahí es donde se expone la verdad en lo íntimo. La nueva naturaleza en nosotros juzga todo el pecado que está en nosotros. No niega que hemos aprendido la verdad; pero si Cristo es la verdad en mí, tiene que juzgar todo lo que es del hombre viejo como pecado. Si una persona sólo ha aprendido la verdad de manera externa, puede pasar por alto todo el resto. Pero si la verdad está en nosotros, todo queda expuesto. Si yo digo, no tengo pecado, considerado como en la carne, me engaño a mí mismo, y la verdad no está en mí. Pero no se trata meramente de decir que hay pecado en mí. Es cuando en realidad el corazón y la conciencia son alcanzados, de manera que reconozco que he seguido personalmente la carne. No se trata entonces de una doctrina. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.» Su conducta para con nosotros está llena de gracia y es perdonadora, y nos purifica completamente.

Versículo 10

«Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.» Si pretendemos no haber pecado, le hacemos mentiroso; no se trata meramente de que la verdad no esté en nosotros, sino que estoy haciendo al mismo Dios mentiroso en Su palabra. Decir que no tengo pecado es engañarme a mí mismo; pero decir que no he pecado es negar la verdad de Dios incluso externamente, por cuanto Él dice que todos han pecado. Estoy negando realmente toda la verdad de Dios.

Pero estas son las dos cosas que son necesarias; primero, conocer que la verdad está en nosotros; y luego confesar nuestros pecados. Puede que un hombre sea terriblemente soberbio, y que no le guste confesarlo; pero cuando una persona ha logrado, por gracia divina, la victoria, se aborrece a sí mismo en lugar de excusar su pecado, lo confiesa, se reconcilia con Dios, y Dios dice: te perdonaré; todo está resuelto. Estamos en pie delante de Dios con el sentimiento de Su favor. Pero, además de esto, estamos en pie delante de Dios con la conciencia de estar perfectamente absueltos delante de Él. Si entro en la luz

con cualquier suciedad sobre mí, la veo allí; si estoy a oscuras, no veo diferencia alguna. Si estamos en la luz delante de Dios, se ve todo. Pero si estoy limpio y en la luz, sólo veo tanto más que no hay ninguna mancha sobre mí. Los dos versículos abiertos del capítulo 2 son los medios de mantenernos en la luz.

El capítulo 1 expone estas dos cosas: primero, la plenitud de la bendición en comunión con el Padre y el Hijo; segundo, la naturaleza de la comunión, y luego cómo un pecador puede tenerla —el estado individual del alma en la actividad de juzgar y confesar los pecados, y la verdad en lo íntimo. No puedo decir que no tengo pecado, y sin embargo afirmo que soy limpio delante de Dios. Ahí es donde muchos yerran. Necesitan una naturaleza divina que, en lugar de pretender hacer buenas obras, lo juzgue todo según la luz. Siempre que haya pecado sobre la conciencia no puede haber comunión, aunque haya un bendito medio de gracia que purifica. «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.» En el capítulo 2:1, 2 tenemos el remedio para la contaminación diaria. Ahí está Cristo, no para mantener la justicia, sino para restaurar la comunión.

1ª Juan 2

Versículos 1-2

Los dos primeros versículos se relacionan como una especie de suplemento al capítulo precedente. Él había puesto ante ellos este privilegio de la comunión con el Padre y el Hijo, que tiene que ser en la luz; y había este perfecto remedio, la sangre de Cristo, que nos presenta limpios en la luz. Ahora él dice: «Estas cosas os escribo para que no pequéis.» El objeto de todo ello era que no pecaran. «Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» No es exactamente lo mismo que en Hebreos, donde encontramos un sacerdote delante de Dios, porque allí la cuestión que se toca es la de nuestra posibilidad de acercarnos a Dios. Allí se trata de exponer la verdad de que podemos acercarnos a Dios, y tiene este carácter en toda la Epístola. Pero todo a lo largo del evangelio y de la Epístola de Juan, él nos habla de mucho más que meramente acudir ante Dios como adorador en público. Aquí es una relación mucho más entrañable con Él. Es algo diferente que pueda ir y adorar ante Dios y acercarme a Él, o que esté en íntima comunión con Él. Entramos en relación con Él. Siempre que habla de la gracia, habla del Padre y del Hijo, y cuando habla de la luz, habla de Dios. En Juan 8, cuando todos quedaron redargüidos de pecado, es Dios. «Antes que Abraham fuera, yo soy.» Cuando pasa a la gracia, habla de ser un buen Pastor, que da Su vida por las ovejas, y cuya voz conocen las ovejas. Dice que hay tanta intimidad entre vosotros y Yo como entre Yo y mi Padre. Hay la perfecta revelación de amor en una relación íntima así.

La abogacía está aquí relacionada con el Padre. Cuando la comunión queda interrumpida, es restaurada. No dejamos de ser hijos y de estar aceptados. No se trata aquí de si como pecador puedo acudir a Dios o no, sino de la pérdida de esta intimidad que la más vana palabra destruye. Y esto hace aun más claro que aquí se está hablando de personas aceptadas. No se trata ahora de la aceptación de Dios: Ni siquiera el sacerdocio tiene que ver con esto, y aún menos la abogacía con el Padre. Ésta supone que somos hijos que hemos desobedecido, y que la libertad de esta intimidad queda rota, y que Cristo asume el

papel de Abogado para restaurarla. La gracia está obrando, pero nunca hay ninguna mitigación del pecado en sí mismo; es la no admisión del pecado.

Así se echa la base de esta manera destacable. Hay dos cosas a considerar: nuestro estar de pie en la presencia de Dios, y, por otra parte, el mal, que es inconsistente con tal cosa. Cristo ha provisto para ambas cosas. «Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» Esto nunca cambia. El lugar que tenemos con Dios permanece allí, debido a que Cristo, el Justo, está ahí. La persona perfectamente aceptada está en la presencia de Dios, y la honra de Dios es vindicada con respecto a nuestro fracaso. «Y él es la propiciación por nuestros pecados.» De modo que la abogacía de Cristo ante el Padre se basa sobre esta aceptación, primero de Su Persona, y luego de Su obra por nosotros. Somos aceptados en el Amado, y esto jamás cambia, porque el Justo siempre aparece por nosotros en la presencia de Dios. Y sin embargo el Señor no permite nada contrario a Él mismo. El pecado no es pasado por alto. «Abogado tenemos.» Y sin embargo, si Él es abogado para estas personas que han fracasado, es debido a que Él es la propiciación por sus pecados. Hay una perfecta aceptación. Habiendo Él afrontado en la cruz todas las demandas por causa del pecado, somos puestos en presencia de Dios y en la aceptación del mismo Cristo.

«Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.» Este derramamiento de sangre es puesto sobre el propiciatorio, y es en virtud de ello que podemos ir y predicar el evangelio a cada criatura. No significa que todos estén reconciliados, sino que el testimonio de la misericordia de Dios salió no sólo a los judíos, sino a toda criatura en el mundo. Por medio de esta sangre podemos estar en pie ante Su presencia; pero allí el fracaso viene a ser la cuestión para la conciencia del santo, y entonces se aplica la abogacía de Cristo.

Versículo 3

Pero ahora él comienza otro tema —las pruebas prácticas ante los hombres de que poseemos esta vida. En lo principal podemos decir que el amor a los hermanos y la rectitud u obediencia son las grandes pruebas. Esta vida eterna la hemos visto en contraste con el pecado, sostenida por la gracia de Cristo. Ahora llegamos a la misma vida mostrada en sus frutos aquí abajo; y ellos estaban poniendo en duda si tenían esta vida o no. Por ello, les da, a fin de mantenerlos conscientes de la certidumbre de que tenían esta vida, los siguientes rasgos de la misma, que algunos con grandes pretensiones no tenían. «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.»

Sería justo observar aquí que a través de esta Epístola encontraréis a Dios y a Cristo tan totalmente unidos en el pensamiento del apóstol, que habla del uno y luego del otro en relación con la misma cosa. Observemos el último capítulo: «Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.» Dios nos es revelado en Cristo. Puede parecer confusión, pero expone la gloria de la Persona de Cristo. Así aquí (v. 28): «Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.» Comienza con la manifestación de Cristo, y la misma oración termina con el mismo Dios. Lo mismo aquí, con respecto a los mandamientos de Dios. «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.» Son los mandamientos de Cristo, pero también son los mandamientos de Dios.

Versículos 4-5

A continuación, se nos dice que «El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él.» Alguien dice que conoce a Dios y sin embargo no guarda Sus mandamientos —la verdad no está en él, porque esta vida es una vida obediente, y si Cristo es nuestra vida, los principios de la vida de Cristo son los mismos en nosotros. Si el principio de la obediencia no está ahí, la vida no está. Pero esto no es todo. «El que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él.» Esto da mucho más que el mero hecho de que sea un mentiroso si dice que conoce a Dios y sin embargo no guarda Sus mandamientos.

Otra cosa que debemos observar es que todas las declaraciones de Juan son absolutas. Nunca las modifica introduciendo las dificultades o estorbos que podamos tener en el cuerpo. «Todo aquel que es nacido de Dios», dice él en el capítulo 3, «no practica el pecado.» Está hablando allí acerca de la esencia de la naturaleza. La naturaleza divina no puede pecar. No se trata de una cuestión de progreso ni de grado, sino que «no puede pecar, porque es nacido de Dios.» «El que es engendrado de Dios, se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca» (5:18, RV; V.M.). El maligno toca a menudo al cristiano; pero nunca puede tocar la vida divina; y Juan siempre lo afirma en su sentido propio absoluto, según la verdad misma. Hay abundancia de otros pasajes que muestran nuestra inconsistencia. Pero si la carne actúa, no es esta nueva vida, pero uno tiene la medida de ello en sí mismo. «Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado», etc. Esto es absoluto. Si sólo estoy diciendo una palabra ociosa, no estoy manteniendo Su palabra.

Ésta es una verdad inmensamente bendita. Porque si estuviera bajo ley y tomara Su palabra de esta manera, no tendría nada que ver con la vida. La ley me manda que ame a Dios, y en esto fracaso. Pero aquí, la revelación que tengo de Dios en Cristo es perfecto amor. El amor de Dios queda manifestado, y si Su palabra mora en nuestros corazones, Su palabra es amor, y Su amor está perfeccionado en nosotros. «Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado.» En él —no sólo para con él. Si la palabra es guardada, esta palabra es el poder de Cristo en nosotros, y éste es el perfecto amor de Dios disfrutado en el corazón. Podemos fracasar el guardarlo, pero el apóstol no da este tipo de modificaciones, sino la verdad en sí misma; y se trata de algo estrictamente cierto, y experimentado en aquella medida en que la palabra de Dios es guardada en el corazón. El Espíritu Santo es el poder, pero no podemos separar esto de la palabra. Él es en nosotros, y nosotros hemos recibido este amor en nuestras almas —el amor de Dios manifestado en Cristo. Suponiendo que sea desobediente, entonces tengo pecado en mi corazón en lugar de Cristo.

Versículos 5-6

«Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él.» Ahora dice que estamos en Él. Moramos en Dios. Si digo que estoy en Él, tengo esta fuerza y refugio en Él. Ahora tienes que andar como Él anduvo. Cristo es mi vida. Entonces tengo que andar como Cristo. No se nos manda «debes ser como Él fue». Pero no debemos andar conforme a la carne. Por ello, no dice: Debierais ser lo que Cristo fue, sino: «El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.» Si dices que permaneces en Él, estás siempre allí; deberías andar siempre como Él anduvo. Nunca hay razón alguna para andar según la carne. La carne está en nosotros, pero esto no es razón alguna por la que debiéramos andar según ella. Estoy siempre en libertad de andar espiritualmente. Hay libertad delante de Dios en cuanto al andar. Si tengo una naturaleza carnal, viene un mandamiento contrario a la voluntad de aquella naturaleza. Quiero ir a la ciudad, y se me ordena que vaya al campo. No me gusta. Pero suponiendo que estuviera anhelando ir a la ciudad, y mi padre me dice: Tienes que ir a la ciudad: bien, entonces el mandamiento es libertad. Así, ahora todos los mandamientos de Cristo son conformes a la naturaleza que ya poseo. Cristo es mi vida, y todas las palabras de Cristo son la expresión de esta vida. Y por ello, cuando me son dadas las palabras de Cristo, simplemente me dan la autoridad para hacer aquello que mi naturaleza gusta de hacer. Todas las palabras de Cristo son la expresión de lo que Él era. Ellas expresaron Su naturaleza y vida y ser. Y cuando tenemos esta naturaleza, nos conducen y dirigen. Por ello, tenemos una libertad verdadera y santa. Deberíamos andar como Él anduvo.

Versículo 7

«Hermanos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio»; esto es, desde el principio de Cristo—su manifestación aquí abajo.

Versículo 8

«Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros», etc. Por cuanto estaban buscando algo nuevo. Una cosa de las que me jacto, viene a decir, es que es antiguo, porque es lo que Cristo era cuando estaba sobre la tierra. Pero si queréis tener algo nuevo, es Cristo como vuestra vida ahora por el Espíritu Santo. Es «verdadero en él y en vosotros», porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. Era cierto en Él aquí abajo, pero ahora toda esta verdad de la naturaleza divina es tan cierta de vosotros como de Cristo. Por ello, es suficientemente nueva. Es antigua, porque estaba en el mismo Cristo; pero es nueva, porque está en vosotros, así como en el mismo Cristo.

Versículos 9-11

Hasta aquí hemos tenido el primer gran principio de la vida divina —la obediencia— el andar en justicia. Ahora viene el otro lado: amar a los hermanos. Estáis en la luz, porque Dios es luz. Bien entonces, Dios es amor, y no se puede tener una parte de Dios sin la otra. Si tienes la luz, tienes que tener el amor. Cristo, cuando estaba aquí, era la luz del mundo. Pero Él también era amor, y por ello si le tienes a Él como tu naturaleza, tendrás ambas cosas. «El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo.» En su propia naturaleza y camino no hay ocasión de tropiezo. «Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.» Esto es verdaderamente cierto en detalle, porque si ando en odio contra mis hermanos, estoy andando en tinieblas. Pero aquí el apóstol sólo afirma el principio. El amor es algo antiguo, porque estaba en Cristo en la tierra; pero es algo nuevo, porque es cierto en Él y en vosotros. «Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Co 4:6).

Tenemos aquí lo que puedo llamar las pruebas características de Cristo nuestra vida. Una de ellas es luz—obediencia—porque ninguna justicia puede serlo, a no ser que sea obediente. Cristo dice: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Por ello recibimos este principio de dependencia obediente, que es

justicia. Lo otro es el amor. Aquí entonces tenemos, primero, como suplemento del capítulo anterior, la abogacía de Cristo; y luego, en las otras partes de esta Epístola, las pruebas de esta vida divina tal como se manifiesta en obediencia y amor a los hermanos. En la vida del mismo Cristo, todo fue manifestado de la manera más maravillosa, perfecta y bendita.

Versículo 12

Esto viene ahora como irrumpiendo sobre el curso general de la Epístola, y dando un relato de por qué escribió, y lo que sentía al escribir. Y primero encontramos que se dirige a todos los cristianos, a los que llama «Hijitos», dirigiéndose luego a diferentes clases de cristianos, y diciendo por qué les escribía a ellos. Es su corazón abriéndose a aquellos para los que estaba escribiendo; y luego tenemos algunas importantes verdades prácticas.

En el versículo 12, la palabra «hijitos» [en el original] es la misma que en los versículos 1 y 28, pero diferente del término que aparece en los versículos 13 y 18. En los primeros que se mencionan se dirige a todos los cristianos, y los llama sus «hijos», mientras que en los otros versículos distingue entre los jóvenes, los padres y los hijitos [bebés] (*paidia*), o los cristianos más jóvenes. Pero en los versículos 1, 12 y 28, la palabra *teknia* incluye a todos los santos.

«Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre» (v. 12). Esto es cierto de todos los cristianos. Ésta es su condición universal. Él había dicho antes: «Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos.» Esto no era para arrojar ninguna duda sobre el hecho del perdón de los cristianos, sino para establecerlos en la verdad, por cuanto dice: «Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.» Esto era algo ya resuelto. Estaban perdonados, y les escribía por cuanto estaban perdonados. Esta epístola no se aplica a una persona que no está perdonada. Al escribirles, él asume esta posición. Les dice: «Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.» Ésta era la condición común de todos los cristianos.

Versículos 13-14

Pero ahora, al llegar a las diferentes clases de cristianos, se les da un carácter y posición diferentes a cada uno de ellos. «Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio.» Entre los «hijitos» del versículo 12 (*teknia*) puede haber cristianos viejos y bebés. Los padres habían conocido «al que es desde el principio». Como hemos visto antes, esto significa a Cristo en el mundo, Su Persona manifestada en carne. «Conocéis al que es desde el principio.» Ahí es donde acaba toda experiencia; no en el

conocimiento del yo meramente como ocupados en ello, sino en aquel conocimiento que nos vacía del yo, y que nos da a Cristo. Cuando una persona es un cristiano joven, está inmersa en sus sentimientos; todo es nuevo y lozano para el tal, y esto está bien. Siente un maravilloso gozo en haber sido perdonado. Pero al crecer, uno se vacía más y más del yo, y se ocupa de Cristo. Cristo es esto, y Cristo es aquello. En el versículo 14 sólo repite lo mismo cuando escribe a los padres. Tiene mucho que añadir cuando escribe a los jóvenes, pero a los padres les sigue diciendo: «Habéis conocido al que es desde el principio.» Aprendemos nuestra propia insensatez y debilidad, y de esta manera somos echados a apoyarnos en Cristo, y a aprender más de las profundidades de Su gracia, de la perfección de Su Persona. Toda verdadera experiencia termina en olvidarse del yo y en pensar en Cristo.

A continuación, llega a los jóvenes. «Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno.» Teniendo a Cristo con ellos, han conseguido fortaleza en conflicto y en servicio —han vencido a Satanás.

Luego les dice: «Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre.» Aquí otra vez nos encontramos con otro hecho notable acerca de lo que hemos de pensar acerca de los cristianos. Esto es, que los bebés en Cristo —los que son tan sólo hijitos— tienen el espíritu de adopción. No tiene ni idea de que el más débil cristiano no sepa que es un hijo de Dios. Conocer bien a Cristo, en las riquezas y excelencia de Su Persona, es ser un padre en Cristo. Pero el más joven cristiano sabe que es un hijo, y que el Padre es su Padre. Es como el hecho de que todos los cristianos están perdonados: es su puesto como cristiano. «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» No se trata aquí de que uno pueda hallar a personas que duden. Uno encontrará a muchos que, si se les pregunta si él es un hijo de Dios o no, pensará que es muy humilde ponerlo en duda, pero que en sus oraciones clama «Abba, Padre» con todo su corazón. Es algo entre él y Dios. Repitiéndolo de nuevo, no tiene que añadir más a lo ya dicho a los padres, porque todo acaba en Cristo.

Con los jóvenes entra más en detalle debido a las dificultades del camino, y les expone el secreto de la fortaleza: la palabra de Dios, en medio de este mundo, donde no se reconoce nada de parte de Dios—la mente de Dios entra en este mundo, y esto es lo que necesitamos. No hay camino en el desierto, tal como se dice en el Antiguo Testamento. La palabra de Dios nos muestra el camino de Dios en medio de un mundo en el que no hay ninguno. Por ello, cuando están en conflicto, dice: «Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno.» Ésta es la palabra por la que el mismo Cristo venció cuando el

maligno acudió y le ofreció los reinos del mundo: Él respondió mediante la palabra —Él venció al maligno.

Versículos 15-16

Luego les advierte: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.» Estas cosas pertenecen al mundo. Toda la gloria de este mundo no es en absoluto del Padre. Y cuanto más miramos en Juan, y desde luego todo a través de la Escritura del Nuevo Testamento, podemos ver estos dos grandes sistemas claramente expuestos. No dice que no amas a Cristo. Pero hay un gran sistema que pertenece al Padre, y otro que pertenece al mundo. Todas las cosas pertenecen a Dios como Creador, pero moralmente todo se ha apartado de Él. Fue el diablo quien hizo este mundo cuando lo consideramos como mundo moral. Dios hizo el paraíso; y el hombre pecó y salió de él, y luego estableció este mundo. Caín salió de la presencia del Señor y edificó una ciudad, y la llamó con el nombre de su hijo. Entonces Dios envió a Su Hijo, y los hombres no le quisieron, y así este mundo llegó a ser un mundo juzgado. Dios lo ha puesto plenamente a prueba: sin ley, bajo la ley, y, finalmente, por Su Hijo. Y luego Él dice: Todo está juzgado. Pero luego Él tiene un camino propio, lo tiene el Padre, y tú no puedes tener ambos. Si amas al mundo, el amor del Padre no está en ti. Puedes ser tentado por él, y tener que vencerlo; pero si lo amas, el amor del Padre no está en ti, debido a que Él tiene un sistema propio, y tú estás dirigiéndote al otro sistema. Y así es en todo. En el Evangelio se nos da la vida divina en la Persona de Cristo, y en esta Epístola esta vida divina es expuesta en las personas de los cristianos. En Juan 8 verás la misma verdad: «Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.» Con Dios no hay vidas intermedias. Si sois de este mundo, entonces sois de abajo. Y si no sois de este mundo, sois de arriba. Él dice: No soy de este mundo; soy de arriba: porque vino del Padre. Vosotros sois de este mundo, y por ello mismo de abajo, porque es el mundo de Satanás. Y aquí —si el amor del mundo está en vosotros, no puede estar en vosotros el amor del Padre. Hay otro sistema divino, donde se exhibe el amor del Padre, y si perteneces a éste, tienes que vencer al mundo. No es del Padre; no pertenece a este sistema.

Versículo 17

Luego el apóstol añade esto: «Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.» Las obras de Satanás no pueden permanecer. Son seductoras mientras están ahí, pero no pueden permanecer: «Pero el que hace la voluntad

de Dios permanece para siempre.» Tenemos lo mismo en la Primera Epístola de Pedro: «Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre.» Lo mismo aquí: «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre»—quien sigue esta palabra. La palabra de Dios nos da todo esto, y es lo que tenemos que seguir.

Versículos 18-19

Ahora se dirige a una tercera clase, habiendo dado esta advertencia a los jóvenes. Porque cuando un cristiano está recién convertido, no quiere saber nada del mundo. Pero cuando ha avanzado un poco, la lozanía se pierde un tanto; el mundo va gradualmente deshaciendo su lozanía. Si no tiene cuidado, si su alma no está llena de las cosas que no se ven, se va deslizando gradualmente hacia el mundo. Si está lleno de Cristo, ni siquiera ve las cosas a su alrededor. En el capítulo 5, Juan habla de vencer al mundo. Si entra el espíritu del mundo, se da la pérdida de todo poder y de goce espiritual. No puedes pensar a la vez en las cosas que te sugiere el mundo, y en las cosas del Padre. Si el Espíritu Santo me está sugiriendo cosas divinas, tengo la conciencia presente de pertenecer a todas ellas.

En el versículo 18 se dirige a los hijitos, y les dice: «Ya es el último tiempo». Ésta es una expresión destacable, porque han pasado desde entonces mil ochocientos años,* y sigue siendo verdad que estamos en «el último tiempo»; lo único que sucede es que el Señor, en Su paciencia, está esperando, y no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero es el último tiempo, porque se ha introducido el poder del mal. Cuando Cristo estuvo aquí, y fue rechazado, el poder del mal estaba en el mundo. Luego, Dios levantó a la iglesia mediante la presencia del Espíritu Santo, mientras Cristo estaba en las alturas, de manera que había un hombre en el cielo, y el Espíritu Santo en el mundo; vino un poder redentor en medio del mundo de Satanás. Aquello no era el tiempo último. Pero ahora se habían introducido anticristos, y les dice: «ya es el último tiempo», porque incluso esto había fallado, y nada vendrá después de esto sino el juicio. «Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.»

Estos bebés en Cristo habían roto con el mundo; habían terminado con su camino. Pero aquí aparecía una nueva clase de mal en el mismo lugar de poder divino; personas que se establecían a sí mismas y abandonaban a Cristo, y esto era más peligroso. Habían roto con el mundo, y sabían lo que era. Pero aquí se introduce la maldad espiritual en regiones celestes. Advierte a los bebés contra estos enemigos de los últimos tiempos. Gracias a Dios, tenemos ahora las advertencias. El apóstol Pablo incluso dice que éstos son los días postreros, lo cual es todavía más enérgico. Pero hay una total seguridad allí donde se mira a Cristo. Es destacable como considera la presencia del Espíritu de Dios en los santos. Puede que sea un bebé, pero Dios no dejará que sea tentado más allá de lo que es capaz de llevar. Puede que sean jóvenes, pero Dios les da discernimiento; no conocen la voz de los extraños. Esta gente puede presentársele con muchas pretensiones, pero no es una voz que conozcan. Conocen la voz de Cristo, y la siguen.

Versículos 20-23

Hemos visto que los bebés en Cristo conocían al Padre, y ahora encontramos además que estos mismos bebés tienen la unción divina, de manera que podrán juzgar por medio de un conocimiento divino. Les insiste acerca de su propia competencia, no como en el caso de otros por sí mismos, sino como enseñados por Dios, para evitar todas las trampas. Se trata de la sutileza de Satanás, y por ello advierte tanto más a los pequeños en contra de ella.

* Esto es, en la época en que escribía el autor estas páginas (en el siglo pasado).

«Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo.» Aquí nos da el carácter pleno del anticristo. Había muchos anticristos, por cuanto el espíritu del anticristo se había introducido. Aquí tenemos su pleno carácter. Asume un cierto carácter judío, negando que Jesús sea el Cristo; y se opone al cristianismo, negando al Padre y al Hijo.

Luego apremia otro punto de inmensa importancia, por cuanto en nuestros tiempos la gente suele emplear muchas palabras de moda, como el progreso.

Versículos 24-25

Así, les dice: «Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.» Es la Persona de Cristo. En lugar de hablar de la iglesia como un cuerpo que enseña, yo digo que ella lo que hace es recibir enseñanza.

Lo que se revela es la Persona del Señor Jesucristo, aquello que era desde el principio. Pero si mi alma reposa en ello, en la verdad acerca de Cristo tal como la enseña el Espíritu Santo, soy enseñado por el Padre. «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, ... tocante al Verbo de vida.» Y ahora, dice, «Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros.» Es la Persona de Cristo la que es la gran cosa, y fue por revelación de Él que la misma iglesia fue formada. Existe por virtud de ser enseñada por Dios.

La iglesia no enseña —nada tenía que ver con la enseñanza. Dios puede suscitar individuos en la iglesia para que enseñen, pero lo que se apremia sobre nosotros es lo que hemos oído desde el principio. Una prueba de la verdad divina es que mantengamos firme el punto de partida: Jesucristo. Esto es lo que lo pone todo a prueba. Allí donde se insiste en la autoridad de la iglesia, nunca hay la certidumbre de ser hijos. Si soy enseñado por Dios, sabré de cierto lo que tengo. La fe está siempre absolutamente segura. Si tengo al Padre, sé que soy hijo. Puede que sea un hijo desobediente, pero sigo siendo hijo. «Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna.» Él me ha prometido vida eterna, y la tendré; es algo totalmente seguro.

Versículos 26-27

«Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.» Hay una enseñanza divina real. Dios puede emplear un instrumento para ponerlo delante de nosotros; pero no hay verdadera fe en el alma excepto donde está esta unción del Espíritu de Dios. Puede que haya convicciones de pecado antes que tengamos la seguridad de salvación en nuestras almas. Pero en aquel momento en que se me enseña la Persona de Cristo de manera divina, digo que poseo la vida eterna—la vida que Dios envió al mundo.

Un bebé en Cristo, al estar más en peligro, entra en esta clase de advertencias; pero una persona crecida en Cristo sabía muy bien de dónde venían estas cosas. Aquellas cosas que ahora podríamos pensar que son cosas muy eruditas en el cristianismo, se las dice a los bebés; pero la gran cosa que marca a aquellos que están más avanzados —los padres— es su conocimiento de Cristo.

Versículo 28

El apóstol vuelve a abarcar en el versículo 28 a todos los cristianos en general, con una exhortación a morar en Él. Aquí aparece Dios en Cristo tan delante de la mente del apóstol, que dice «Él» sin decir a quién se refiere. Había estado hablando de la unción —«Según ella os ha enseñado, perseveraréis en él» (v. 27, RV). Antes era más bien de Dios de quien se hablaba; pero al decirse «cuando se manifieste» sabemos que es a Cristo a quien se refiere.

«Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.» Si ellos no permanecían en Él, el apóstol había perdido toda su obra. Y hasta este punto habría sido para propia vergüenza del apóstol. En la segunda epístola tenemos lo mismo (v. 8): «Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo.» Es precisamente lo que Pablo dice a los Corintios (1 Co 3:12, etc.): si edificamos sobre un fundamento con materiales de madera, paja y hojarasca, la obra será quemada. Se demostrará que el que así ha hecho es un obrero malo. El apóstol está aquí apremiándoles a que permanezcan en Cristo, para no tenerse que avergonzar de su obra. Es «para que ... tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados». No para que vosotros podáis tener confianza, etc. Es precisamente lo que vemos en la segunda epístola.

Luego pasa al segundo gran objeto de la epístola—aquella comunicación de la naturaleza divina de Cristo, como nuestra vida, que nos da los mismos rasgos y caracteres que hay en el mismo Dios: «que es verdadero en él y en vosotros». Dios es amor, y el cristiano ama. Dios es santo, y también lo es el cristiano. En Su omnipotencia, naturalmente, Dios está a solas. Pero en aquello que puede llamarse el carácter de Dios, somos semejantes a Él por cuanto hemos nacido de Él. Y esta naturaleza divina nos capacita para gozar de Dios, así como para ser como Él.

Versículo 29

Luego también vemos que Dios y Cristo son tan absolutamente uno, que el apóstol dice: «Para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados». Pero añade de inmediato: «Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.» Hemos nacido de Dios; sin embargo parece estar hablando de aquel mismo que ha de venir —el cual es Cristo. En Daniel 7 encontramos la misma verdad. El Anciano de días descrito allí es en Apocalipsis 1 el Hijo del hombre. En Cristo tenemos lo que es el carácter y la naturaleza de Dios en un hombre viviendo en este mundo; y luego muestra el apóstol que esto también es cierto de nosotros, al poseer la misma vida. Él es justo, y si alguien hace justicia, ha nacido de Él. Tiene esta naturaleza.

1ª Juan 3

Versículo 1

«Mirad cual amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.» Cuando se llega a la gracia, se nos menciona de nuevo al Padre. Somos llamados hijos de Dios porque realmente lo somos. «Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él.» ¿A quién? Ahora con este «Él» se hace referencia a Cristo. El mundo no le conoció; y no nos conoce a nosotros por esta misma razón. Tenemos la misma vida y carácter que Él tuvo. El mundo no puede reconocer ni admitir lo que es de Cristo en nosotros, porque no lo reconoció en Cristo. Es extremadamente destacable y bendito para nosotros ver a este Hombre, el más humilde que jamás existiera, y descubrir lo que Él era realmente, que Dios verdaderamente se hizo hombre. El Verbo era Dios, y se hizo carne.

Nosotros tenemos la misma vida; y cuando hemos encontrado a Cristo, sabemos que hemos hallado a Dios en toda Su bendición cerca de nosotros. Y el mundo no puede conocernos. No conoce a Dios, y no puede conocernos. Encontrarás a personas que tienen dificultades en cuanto a saber si es Cristo o Dios quién está ahí, porque el apóstol los pone juntos de manera cuidadosa.

Versículo 2

«Y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser.» No se ha visto lo que hemos de ser. Los apóstoles lo vieron un momento en la transfiguración; sin embargo, en cuanto a su manifestación, aún no se manifiesta. Pero siendo santos de Dios, poseyendo la misma vida, sabemos que seremos como Él. Él identifica a Dios con Cristo, y en un sentido nos identifica a nosotros con Él. Su gloria no ha sido aún manifestada: pero seremos como Él, porque «le veremos tal como él es» —no como Él será, sino tal como Él es ahora en la gloria celestial a la diestra de Dios. La carne no podría ver esto y subsistir. Daniel cayó como muerto, y lo mismo Juan, ante la aparición de esta gloria. Esto es algo de infinita

bendición. Hemos de ser conformados a imagen del Hijo de Dios, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Si sólo fuésemos conscientes de que existe toda esta bendición, y sin embargo tuviéramos el pensamiento de que no vamos a ser así, esto no sería gozo; en cambio, estamos en esta bendición con la conciencia de que somos lo mismo. «Seremos semejantes a él porque le veremos tal como él es»; esto es, en gloria tal como Él esta a la diestra del Padre, y nosotros le veremos así.

Versículo 3

«Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.» Nuestra esperanza es la de ser como Él —«que tiene esta esperanza en él», esto es, en Cristo— la esperanza de ser como Él mismo es. No dice aquí que es puro como Cristo lo es. Pero he logrado la gloria, y por cuanto es mía, y voy a ser como Él, tengo que ser como Él tanto como pueda ahora. Tengo que purificarme, y Él es la medida de ello. Somos llamados por la gloria a ser en la práctica consecuentes con ella. El apóstol Pablo nos dice: «Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús». No tengo todavía esta resurrección de entre los muertos, pero estoy prosiguiendo hacia ella. Pero cuando Cristo venga, Él cambiará nuestros viles cuerpos —y entonces la habremos alcanzado. La conexión entre la gloria y nuestro andar presente es de destacar. En tanto que estemos aquí en este cuerpo corruptible, no hay nada de gloria. Pero el Espíritu de Dios aplica toda esta gloria a los afectos. Anhelo ser como Cristo, y por ello vengo a ser semejante a Él en espíritu. Es como un hombre que tiene una resplandeciente lámpara delante de él al final de un largo corredor. No tengo la lámpara hasta que llego allí, pero consigo más de ella a cada paso que doy. Así es con la gloria: no la alcanzo hasta que he llegado; pero consigo más y más cuanto más me acerco a Cristo.

Así, en la epístola a los Efesios se nos dice que Cristo amó a la iglesia, y se dio a Sí mismo por ella. Estaba lavándola y purificándola, y quiso quitar todas las manchas. Pero era para presentársela a Sí mismo sin mancha. El Espíritu toma las cosas de Cristo y nos las presenta, y nos transforma a imagen de Cristo. En Filipenses está hablando del efecto espiritual sobre el corazón por medio de una resurrección real. «A fin de conocerle, y el poder de su resurrección ... si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.» Es la cosa real, y ahora la aplica a su corazón. «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.» Cristo, en gracia, se había asido de él para la gloria. Ahora él ve la gloria, y sigue en pos de ella. Es la gloria en resurrección aplicada al corazón del hombre todo a lo largo del camino. Así es aquí. «Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.» Esta brillante y bendita gloria fija los afectos y purifica el corazón y constituye el camino cristiano apropiado. Es una esperanza

santificadora —estando el alma ocupada con Cristo, de modo que es mantenida fuera del mal.

Versículos 4-5

Luego pasa a otra cosa. Si cometo un pecado, es iniquidad de la carne, y no tiene nada que ver con Cristo. «Todo aquel que hace el pecado, hace también la anarquía,[*] y el pecado es la anarquía» (v. 4). Hace su voluntad, si puede, a pesar del mismo Dios. Ello se debe a que había pecado en el mundo sin la ley. El apóstol está estableciendo aquí una especie de marco general. Si no os estáis purificando a vosotros mismos, así como Cristo es puro, hay la anarquía de la carne; está totalmente opuesta a Cristo. No hay vía media, porque no hay nada bueno en este mundo. Se trata o bien de Cristo, o de la carne. El hombre está caído y fuera del paraíso, y no se reconoce ahora nada del hombre. Dios hizo el paraíso, y el hombre está echado de él. y Él hizo el cielo, y el hombre no está allí. Pero entre ambas cosas no hay nada aquí que Dios reconozca. Dios nunca hizo el mundo tal como es, ni al hombre tal como es, esto es, no hizo el estado moral en el que se encuentran el mundo y el hombre. Surgió cuando Dios echó al hombre de Su presencia. Entonces Caín salió y edificó una ciudad, y se estableció a sí mismo y a sus descendientes lejos de Dios. O bien tiene que ser «vosotros sois de abajo», o «yo soy de arriba». «Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien». Si la ley, entonces, es aplicada a la carne, naturalmente que la carne la transgrede. «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.» No había pecado en Él; y Él vino a quitar el pecado.

Versículos 6-7

Luego expone de la manera más intensa la oposición entre ambas cosas. «Y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece, en él no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.» Está tomando las dos cosas como opuestas de manera frontal. Porque él les dice a las mismas personas: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». Pero aquí: «Todo aquel que permanece en él, no peca», etc. La naturaleza divina no puede pecar. Lo que es nacido de Dios no puede pecar, y esto somos nosotros hasta allí donde estamos en Cristo. Como dice el apóstol, «he sido crucificado con Cristo; sin embargo vivo; mas no ya yo, sino que Cristo vive en mí» (Gá

---

[*] Éste es el sentido del término griego empleado aquí, *anomia*, literalmente «sin ley». En efecto, el pecado no es meramente la infracción de una ley conocida, sino la misma negación de todo principio de dependencia de la criatura con respecto a Dios. No se trata solamente de una transgresión, sino de la misma anarquía, aquel principio que niega la obediencia y la dependencia de Dios como norma de conducta, con independencia de cualquier ley particular promulgada por Dios. (N. del T.)

2:20, V.M.). Naturalmente, esto no es pecado. El santo nunca es considerado como en la carne, sino que «el que hace justicia es justo, así como él es justo.» No se trata meramente de que estéis transformados, sino de que habéis sido hechos partícipes de la naturaleza divina. «Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, así como él es justo.» Posee la misma naturaleza que anda por el mismo camino.

Versículos 8-9

Cristo ha muerto por lo que respecta a nuestra culpa, y de lo que se habla ahora es de la comunicación de esta naturaleza. Un hombre podría venir y jactarse mucho de doctrinas excelsas, y no practicar la justicia. Entonces yo digo: Esto no es naturaleza divina. Ésta la tenemos en Romanos 6: «Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» Estáis muertos. ¿Cómo puedes vivir en pecado? Puedes caer en pecado por descuido, pero esto no es vivir en él. En general, toma lo que es la verdad en sí misma, para que podamos conocerla en todo su vigor. «El que practica pecado es del diablo.» Y presenta lo totalmente opuesto. «Porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado.» ¿Cómo puede ser esto? «Porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.» No dice: «No debiera pecar», sino: «No puede pecar.» No se trata de una cuestión de progreso, sino de naturaleza. La naturaleza con la que nace un hombre es la naturaleza que posee. Tomemos cualquier animal que queramos, y esto es cierto. Nosotros somos nacidos de Dios, y poseemos esta naturaleza, y yo digo que no puedo pecar. Tengo, es cierto, este tesoro en un vaso de barro. La carne está ahí, pero la nueva naturaleza es una naturaleza sin pecado. Lo que dice es: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado.»

Versículo 10

«En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.» Estos son los dos rasgos que se manifiestan en mil detalles de la vida —la justicia, la rectitud práctica, y el amor a los hermanos. Una naturaleza meramente amable la encontramos en perros y otros animales, siendo como es naturaleza animal; pero el amor a los hermanos es un motivo divino. Los amo porque son de Dios. Tengo comunión con ellos en las cosas divinas. Un hombre puede ser muy antipático por naturaleza, y sin embargo amar a los hermanos con todo su corazón; y otro puede ser muy amable, y no sentir amor alguno hacia ellos. Más abajo prosigue: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos.» Es la gran prueba de la naturaleza divina. Es la vida de Cristo que está en nosotros, reproducida en nuestros caminos y manera de andar. No se trata meramente de

evitar el pecado, porque hay más en Cristo que la ausencia de pecado. Había la manifestación de la naturaleza divina. Él fue la naturaleza divina caminando a través de este mundo, y tuvo un especial amor hacia los discípulos, como también nosotros tenemos un amor especial por los hermanos. Él estuvo en el mundo, y como entre los hombres, para manifestar en él a Dios. Y esto es lo que tenemos que hacer siempre —representar a Dios en este mundo. «Sois epístola de Cristo.» La gente debería leer a Cristo en vosotros, de la misma manera que leen los diez mandamientos en las tablas de piedra. Si leen esto, no leerán mal alguno. Tenemos la carne contra la cual luchar, pero no tras la cual andar. No se trata de un esfuerzo de intentar ser como Cristo, sino que, siendo llenos de Él, es algo que se hace patente. Por ello, Cristo habla de permanecer en Él. Así, «El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él» (Jn 6:56). Él ha venido a ser nuestra vida, pero Él es nuestra vida en nuestros ejercicios diarios. Somos enviados al mundo para manifestar a Dios. Luego vienen dificultades y estorbos, y si no estamos llenos de Cristo cedemos ante todo ello; en cambio, si estamos llenos de Cristo, le manifestamos en todo ello. Si no, mostramos ardor, temperamento, o alguna cosa mala. Pero no hay necesidad de vivir en la vieja naturaleza. Nunca podemos excusarnos por vivir en ella, porque Cristo es nuestro.

Versículos 11

Vemos de nuevo en el primero de estos versículos la prueba de lo que es aquí «el principio». La gran cosa que tenemos que observar, por lo que respecta a la vida, y lo que es esta vida, es Cristo manifestado en este mundo. «Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros.» Vemos a Cristo presentado aquí de manera muy distintiva como Aquel que es el único que podría darnos la verdadera medida y carácter de todo lo demás: Él es la verdad. La luz divina, siendo como es, no existió hasta que vino Cristo. Él fue el testigo fiel. Entonces encontramos otra cosa: existe la vida mala o el viejo Adán, y la verdadera vida, que es en Cristo.

Versículo 12

Ambos principios están en operación. En el primero hay aborrecimiento y sus obras son malas, así como en el otro hay amor y justicia. Estas dos cosas van juntas. Comenzaron en Caín y Abel, y desde entonces han continuado. Los que son verdaderamente pueblo de Dios son aborrecidos. Por ello se dice de Caín «que era del maligno, y mató a su hermano». «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.» Era el espíritu y la naturaleza del ser que estaba apartado de Dios, espíritu y naturaleza de los que el diablo era la fuente y la energía. «Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos

amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.»

Versículos 13-15

Por ello, no debéis sorprenderos si el mundo os aborrece. Es natural para el hombre. En primer lugar, Satanás es el príncipe de este mundo; y, además de esto, así es la naturaleza del hombre tal como es ahora. Nosotros estábamos espiritualmente muertos, y siempre que éste era el caso, el espíritu de Satanás regía y gobernaba, y por ello había odio contra los hijos de Dios. Pero luego tenemos esta nueva vida, y «nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos». Si alguien no ama a los hermanos, permanece en muerte. Ahí es donde estamos todos de natural. Está considerando el mismo principio de vida. Si tan sólo encuentro una señal de que un árbol es un manzano silvestre, sé lo que es el árbol. Por otra parte, si uno recibe la vida de Cristo, su fruto se corresponde con ella. No es un cambio de la naturaleza humana tal como es, porque ésta permanece en muerte. Pero la nueva vida que viene es una vida que da su propio fruto, así como la que es injertada en un árbol. Lo que brota del viejo tronco es lo que provenía de la naturaleza del árbol con anterioridad. «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.» No tiene este buen injerto. Se trata de un caso claro.

Versículo 16

Luego se remonta a la fuente. «En esto hemos conocido el amor.» ¿Qué es este amor? ¿Cómo puedo distinguirlo? En que Él puso Su vida por nosotros. Y si Cristo es realmente mi vida, Él será lo mismo en espíritu en mí que era en Sí mismo. Cristo guardó la ley porque nació bajo ella. Pero la ley exige al hombre que ame a Dios y a su prójimo, y esto Cristo lo hizo. Pero, además de esto, Él fue la manifestación del amor de Dios a los hombres, y especialmente a Sus discípulos, cuando ellos no amaban a Dios. Esto es lo que hemos de ser. Cristo, que era la actividad de Su amor, puso Su vida. Vemos lo que es el amor de Dios por esto mismo. Pero vosotros deberíais manifestar lo mismo. Es un privilegio inmenso. No sólo se me demanda que haga unas ciertas cosas, sino que se me llama a ser testigo de Dios en un mundo que está sin Él. Y no hay límite para esto. Yo debería ir tan lejos como Cristo. Y ha habido algunos que lo han hecho hasta la muerte. Muchos mártires han puesto sus vidas por Cristo. «Nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.» Además del inmenso privilegio, es una verdad esencial. Tenemos que manifestar a Dios en este mundo, porque Cristo está en nosotros. Esto es, si nosotros somos hijos de Dios, hay comunión con la fuente de esta realidad, y entonces debería

evidenciarse en nuestro andar —como la epístola de Cristo conocida y leída por todos los hombres.

Versículos 17-19

«Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» Tenemos aquí otra marca en la morada del amor de Dios. No es meramente amor a Dios, porque es el espíritu en el que una persona se conduce para con sus hermanos. Es el poder de esta naturaleza divina morando en nosotros que se mostrará en amor a Dios y al hombre. El amor de Dios morando en nosotros es el camino del mismo Dios, que por medio del Espíritu introduce así Su amor en nosotros. No es el amor de Dios a nosotros, sino que es la energía de este amor obrando en nosotros, y por eso se mostrará pronto a otros. «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él.»

Ahora considera el efecto de andar con Dios, como dándonos no el conocimiento del perdón, sino confianza. Les escribía porque estaban todos perdonados; pero si quiero asegurar mi corazón delante de Dios, he de andar en este camino. Si mi relación con Dios lleva a mi corazón a condenarme, a esto no se le puede llamar confianza. Si no estoy andando conforme a Dios, tengo o bien que apartarme de Él, o, si me encuentro en Su presencia, Su Espíritu está constantemente reprendiéndome, y esto no es confianza.

Versículos 20-22

«Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas.» Él conoce mucho acerca de mí mismo que yo mismo no sé. Si un niño tiene una mala conciencia, se va a hurtadillas si su padre llega; pero si no, corre a encontrarse con él, y se echa en sus brazos. Pero no puede tener esta clase de confianza si su corazón le reprende. Esto es lo que siempre hemos de buscar: estar con Dios, y en una total confianza con Él —sin ningún pensamiento de que quizá tenga algo contra nosotros, ni en cuanto a condenación, sino como confianza presente. ¡Hasta cuán lejos va el contar completamente con Dios —contando en Su actividad presente por nosotros! No se trata sólo de una cuestión acerca del día del juicio, sino que es cuestión de los tratos presentes del alma con Dios, y de Dios para con el alma. «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios.» En el capítulo 5 se afirma: «Y ésta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye». Somos traídos a una presente confianza de espíritu con Dios, de manera que de Él esperamos todo bien. Si un hijo está actuando de manera desobediente, no puede ir

confiado. Podrá decir: Mi padre me ama, pero va a darme unos azotes. Sin embargo, cuando el corazón es recto, el hijo espera todo lo que surge del amor de su padre. Lo mismo aquí: «Cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él». Esto no tiene nada que ver con la aceptación, sino con el diario fluir de la bondad del Padre, de manera que el hijo cuenta con ella. Que esta confianza sea casi desconocida es el terrible efecto de esperar la aceptación y el perdón como el final del curso del cristiano. El apóstol comienza con el perdón: «Vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre.» Y ahora está hablando de la confianza del corazón para con Dios. Esto lo tenemos en Juan 14:23: «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará», etc. Aquí no se refiere a la gracia que salva. En la epístola, Juan dice: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero». El Señor dice: «El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él». Está refiriéndose al presente ejercicio de este amor a Cristo.

Es una gran cosa decir que sólo tengo que pedir en conformidad a la voluntad de Dios, y que con certeza lo recibiré. Él nos ama de tal manera que no podemos pedir nada sin una respuesta. Quiero poder, y lo recibo de manera directa. Quiero que algún obstáculo sea removido de mi camino, y es removido en el acto. Puedo pedirle a mi padre terrenal alguna cosa, y él me podrá decir: No puedo hacerlo; no puedo ayudarte. Pero nunca es así con Dios. No puedes pedir nada que sea conforme a Su voluntad sin recibirlo. En un camino recto tengo todo el poder de Dios a mi disposición. Puedo ver montañas delante de mí — todo el poder de Satanás. Pero no importa. Si estáis andando rectamente, «pedid todo lo que queréis, y os será hecho». Tenéis una total confianza presente en Dios. Él nunca está demasiado ocupado para oírnos. Todo aquello a lo que podamos llegar es nuestro. «Cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos», etc. Se trata del gobierno directo de Dios para con nuestras almas. Ahí es que entra la cuestión entre nosotros y Dios del bien y del mal. Por lo que respecta a nuestra responsabilidad como hombres, estábamos arruinados. Ahora somos salvos, y los tratos de Dios nos encuentran sobre esta base, y así Él se deleita en hacerlo todo por nosotros. No es lo que queramos, sino «cualquier cosa que pidiéremos». Es la voluntad de la nueva naturaleza, esto es, obediencia en realidad. En el camino de la obediencia, Dios siempre oyó a Cristo, porque Él era obediente, y Dios nos oye a nosotros; Él nos pone, en esta vida de Cristo, en el mismo lugar que Cristo.

Versículos 23-24

«Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.» Él llega ahora a otro punto de la mayor importancia. No meramente que haya vida, sino que Dios, por Su Espíritu, mora en

nosotros. Hay poder de comunión así como vida. Dios mora con Aquel que es amor. No se trata meramente de que esté redimido. Como se dijo de Israel: «Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos» (Éx 29:46). Y así se dice de nosotros: «Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo» (1 Co 6:19). Cristo fue el Hombre obediente, y Dios moró en Él; y Dios mora hoy en aquel que es obediente. Cristo dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.» En nosotros sólo es de manera derivada por Su Espíritu, pero mora en nosotros. En el hombre obediente Dios mora como en el mismo Cristo. «Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.» Esto es, es la presencia del Espíritu Santo en nosotros lo que nos da la consciencia de que Dios mora con nosotros. Él no añade en esta última parte del versículo que nosotros moramos en Él, sino sencillamente que el efecto de la presencia del Espíritu Santo era y sigue siendo que conocemos que Dios mora en nosotros.

1ª Juan 4

Versículos 1-6

Luego les advierte en contra de falsos espíritus (vv. 1-6). No todo espíritu es el Espíritu Santo. Hay muchos falsos profetas en el mundo. Los santos han de ir con cuidado. Aquí no se trata de si alguien es convertido o no, sino de si aquel que habla lo hace por el Espíritu de Dios o por un demonio. La piedra de toque es la confesión de Jesús venido en la carne. El que es conducido por Dios confiesa que Jesucristo mismo ha venido así (no simplemente que Él haya venido). Confesar Su venida es reconocer una verdad; confesar a Jesucristo venido en la carne es reconocer la Persona y el señorío de Jesús. Una vez que se discierne un demonio, es importante tratarlo como demonio. Si no, se te rompe la espada en la mano. Ceder a consideraciones humanas, jugar a la amabilidad bajo tales circunstancias, te hará impotente contra Satanás. Es no tener comunión con Dios en Sus pensamientos de Satanás. ¡Cuán preciosa es la Palabra delante de tales peligros! Manteniéndola firme, con rectitud y humildad, nada nos hará tropezar. Dios es fiel, y guardará a los más débiles de los Suyos. Pero fuera de este sometimiento a Dios y a Su palabra, no importa cuál sea la hermosura de los sentimientos de alguien, o su capacidad; más tarde o más temprano caerá bajo el poder del enemigo.

Versículos 7-16

Pero ahora llegamos aquí a un nuevo punto, vv. 7-16. Además de la vida de Cristo, hay la morada de Dios en nosotros y de nosotros en Dios. Esto fue plenamente manifestado en Cristo, y cuanto más meditemos acerca de esto, tanto más veremos que la vida que tenemos es una vida de dependencia. Nuestro Señor mismo dijo: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Es por ello que vemos que Él era un hombre siempre en oración —apoyándose en Su Padre. Porque aunque Él era Dios, nunca empleó esto para tomar una posición falsa como hombre, sino que asumió la posición de dependencia, y por ello la posición de poder de lo alto. No se trata de una cuestión de

sinceridad, sino de aquella humildad que es el sentimiento de dependencia, y que espera ayuda y poder provenientes de otro.

¡Qué privilegio y qué motivo para la santidad, que Dios mora en nosotros! Y cuando queremos glorificar a Dios, la presencia de Su Espíritu es el poder. ¡De qué manera más distintiva Dios ha entrado en estrecha comunión con nosotros, y nos ha traído a una entrañable relación con Él mismo perdonándonos, y salvándonos, y dándonos una vida en la que andamos con Él! Es una vida de constante prueba aquí, pero teniéndolo a Él mismo por el Espíritu Santo como nuestro poder morando en nosotros al andar a través del mundo. Y de esto es de lo que hemos de cuidarnos —de que la vida del santo sea desarrollada según Cristo. Y es ahí que entra la experiencia diaria, y encontramos nuestra debilidad si no miramos a Cristo.

Otro gran hecho, introducido al final de lo que hemos visto últimamente, es que el Espíritu Santo ha sido dado. En el versículo 1 de este capítulo el apóstol aplica esto para distinguir entre espíritus, no meramente entre hombres malos. Pero hay una acción mucho mayor de Satanás en operación en la iglesia de Dios de lo que solemos suponer; y si no la tratamos como tal, no hay poder. Si contemporizamos con ella, no podemos tener poder, porque Dios no puede entrar en componendas con Satanás.

Versículo 6

Luego hay otra cosa en el versículo 6: «Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error». La recepción de la enseñanza de los apóstoles es una prueba de conocer a Dios. «El que no es de Dios, no nos oye.» Una persona que no escucha las Escrituras como tales no es de Dios en absoluto.

Versículo 7

Él viene ahora, con el hecho adicional de que el Espíritu santo ha sido dado, a la tercera parte —el amor de los hermanos— y nos muestra cuán honda va su fuente. No se trata meramente de obligación, ni de justicia, sino de la misma naturaleza del mismo Dios, lo que Él es, así como Cristo es la pauta de la justicia humana. Se remonta a la misma naturaleza de Dios como Dios. «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios.» Proviene de Dios, teniendo su manantial en Él mismo. «El amor es de Dios.» Por cuanto hemos recibido Su naturaleza, podemos decir que «todo el que hace justicia es nacido de él» (2:29). Pero aquí me detengo; es un camino de justicia. Pero ahora digo: «Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.» No se trata meramente de un

deber que cumplo: se trata de la esencia; es la verdadera naturaleza misma que poseo. Si una persona tiene esta naturaleza, la tiene procedente de Dios. Juan no está hablando de un mero afecto natural; estos los vemos incluso en las meras bestias brutas. Aquí se trata de la naturaleza divina. Lo que señala al amor divino es que pensó en nosotros mientras éramos aún pecadores. Está por encima del mal. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. El que ama, conoce a Dios. Es una gran cosa que decir. Sé qué es un hombre porque soy un hombre. Un animal no puede decir lo que yo soy, porque no tiene mi naturaleza. De esta manera, cuando amamos tenemos la naturaleza de Dios —sabemos lo que Dios es. Puede que tengamos mucho que aprender, pero, con todo, tenemos la naturaleza, y por ello conocemos qué es esta naturaleza. «Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.» Si esta nueva naturaleza está en mí, la disfruto; tengo una naturaleza capaz de disfrutarla. Toda naturaleza disfruta aquello que es apropiado para ella. Si poseemos la naturaleza divina, disfrutamos de Dios. Le conocemos en la manera de disfrutar aquello que pertenece a nuestra propia naturaleza.

Versículo 8

«El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.» Si no lo tengo, no le conozco a Él, porque esto es lo que Él es. Es una verdad grandiosa, por lo que respecta a los santos, que yo conozca a Dios. Poseo la naturaleza que disfruta de Dios; y esto es lo que será nuestro disfrute eterno.

Versículos 9-11

«En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.» El apóstol se vuelve afuera para conseguir las pruebas de este amor. No está mirando adentro, como hacen otros. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.» Hay otra cosa aquí que muestra la perfección de este amor: no tenía motivo. Es lo que Dios era. «Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?» (Mt 5:46). La manifestación de este amor tiene aquí un doble carácter. En primer lugar, el Hijo es enviado para que sea la propiciación por nuestros pecados; Él nos amó cuando éramos culpables e impuros. «De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito», etc. El amor de Dios a nosotros tiene su prueba en esto: que no había nada en nosotros para suscitarlo; cuando no había en nosotros ningún movimiento hacia Dios, lo hubo en Dios hacia nosotros. No teníamos vida espiritual, sino que éramos culpables, contemplados como nacidos de Adán. Por ello, este amor es un perfecto amor. No tiene su motivo en nosotros, y es, por tanto, perfecto en sí mismo; y se ejercita para con nosotros en conformidad a nuestra necesidad. Aquí tenemos la prueba de

este amor. «Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.» ¡Cómo llega él a la conclusión práctica! Si Dios me ha amado de tal manera, yo debería amar a los hermanos. Debería sobreponerme a todas las cosas desagradables y a la falta de atractivo, porque Dios me amó cuando yo era tan poco atractivo como era posible.

Versículos 12-13

Ahora llegamos a otra cosa. Es el mismo Dios presente. No meramente he recibido la naturaleza divina, sino que Dios está presente de una manera muy notable. «Nadie ha visto jamás a Dios.» ¿Cómo puedo yo conocer y amar un ser al que jamás he visto? «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.» El apóstol Pablo lo expresa de manera distinta. Dice él: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones.» Ahora bien, ¿qué es lo que hace esto tan notable aquí? Si observamos Juan 1:18, allí se dice: «A Dios nadie le vio jamás.» ¿Cómo puedo yo conocer y amar una persona a la que jamás he visto? «El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.» Esto es: en el Evangelio, que está para traer a Cristo ante nosotros, encuentro que el sentido es éste: Bueno, no habéis visto a Dios, y sin embargo le habéis visto; porque Aquel que era el mismo deleite del Padre —que está en el seno del Padre— el objeto inmediato y más estrecho del deleite del Padre, Él le ha dado a conocer. Por ello, lo conozco. Es la respuesta a la dificultad de que nadie vio a Dios jamás. Cristo me lo ha dado a conocer. Aquí, en la Epístola, se presenta de esta manera: «Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.» Aquello que es revelado en Cristo es traído directamente dentro de nuestros corazones, porque el Espíritu Santo está en nosotros. Cuando Cristo estaba en el mundo, fue el Hijo, arrojando demonios y obrando obras poderosas. Y sin embargo, dijo: «El Padre que mora en mí, él hace las obras.» Ahora, por el Espíritu, Él dice: «Vendremos a él, y haremos morada con él.» Da la morada de Dios en nosotros como la respuesta aquí de no ver a Dios. Habiéndonos lavado en la sangre del Cordero, viene y mora en nosotros. Tenemos un conocimiento de Dios de esta manera. «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.» No se trata meramente de que la naturaleza esté allí, sino que Dios está allí. «En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.» Esta es la forma en que somos conscientes de que moramos en Dios, porque, como Dios mora en nosotros, y Él es infinito, tenemos la conciencia de que moramos en Dios. Él es nuestra morada. Es la presencia del Espíritu Santo lo que nos da la conciencia de que Dios está ahí.

Versículos 14-16

Sin embargo, se vuelve de nuevo a la verdad objetiva. «Y nosotros hemos visto y testificado que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo.» Tengo a Dios dentro de mí, y tengo el conocimiento de este amor. ¿Cómo me lo demostró Él? Enviando a Su Hijo para que fuera el Salvador del mundo. La prueba de esto es aquello que ha sido hecho fuera de mí —no nada dentro de mí. Una persona podría decir: «Pero no tengo esto». Entonces diré que no tienes nada. Si dices: Esto es demasiado alto para mí: no puedo hablar de Dios como morando en mí, entonces responderé: Tú no eres en absoluto un cristiano. «Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios.» Él habla, desde luego, de la bendita conciencia de esto como nuestra porción, pero luego declara que esto es cierto con respecto a cada cristiano; y por ello, si no estoy en el disfrute de esto, hay algo que me está estorbando. Si tuviéramos a la Reina de visita en nuestra casa y no nos dedicáramos a ella, no disfrutaríamos del honor y privilegio de tener tal visita. Y puede que estemos andando de tal manera que no tengamos conciencia de que Dios está en nosotros. Ello muestra un hábito de vivir sin relación con el Dios que mora en nosotros. El cristiano tiene una vida proveniente de Dios, que vive con Dios. Por ello, después de haberse referido a esto, dice: «Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él». Éste es el carácter que él atribuye al cristiano: «Hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros». No hay incertidumbre. «Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios», etc. Es la misma naturaleza de Dios.

Versículo 17

Ahora él prosigue. Hemos visto el amor manifestado cuando éramos aún pecadores, cuando éramos culpables y estábamos muertos. Éste fue el punto inicial con nosotros. Estábamos espiritualmente muertos; no había en nuestros corazones ni un solo movimiento hacia Dios. Y entonces Dios nos amó. Pero teníamos una vida natural procedente de Adán, y por ello éramos culpables; y entonces Dios envió a Su Hijo para que fuera la propiciación por nuestros pecados. Y lo que sigue luego es que moramos en Dios y Él en nosotros: gozamos de esta bendita comunión al estar Él en nuestros corazones. Entonces llega al tercer punto en el versículo 17: «En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo». Ahora bien, no se trata meramente de que Él me haya amado cuando yo era pecador, y que goce de Él en comunión, sino que ha sido quitado enteramente todo temor para el futuro. Recibo confianza para el día del juicio. Esto es algo distinto.

Es un bendito amor que Cristo viniera al mundo por pecadores como nosotros. Pero luego hay el día del juicio. Cuando pienso en el amor me siento feliz; pero cuando pienso en el juicio, mi conciencia no está totalmente tranquila. Aunque el corazón pueda haber gustado el amor, al no tener la conciencia totalmente libre, cuando pienso en el juicio no me siento totalmente feliz. Es para esto que se provee aquí. «Como él es, así somos nosotros en este mundo.» El amor fue manifestado al visitarnos cuando éramos pecadores; se disfruta en comunión; pero es completado en esto, que estoy en Cristo, y que Cristo tiene que condenarse a Sí mismo en el día del juicio si me condena a mí, porque como Él es, así soy yo en este mundo. Estoy glorificado antes que llegue allí. Él cambia este cuerpo vil, y lo hace semejante al cuerpo de Su gloria. Cuando comparezca ante el tribunal, estoy en este cuerpo cambiado y glorificado. Soy como mi Juez. Si Él es mi justicia, así como Él es yo soy ahora; debido a que es la obra de Cristo, y a que la obra de Cristo está consumada, y que Cristo está en el cielo por mí. Y aunque yo tenga ejercicios y pruebas en mi corazón, sin embargo, «como él es, así soy yo en este mundo». El amor queda perfeccionado.

Versículos 18-19

El mismo Dios no puede hacer nada más bienaventurado que hacerme semejante a Cristo en Su presencia. Hay fin al juicio en la práctica como un objeto de temor, porque estoy tan libre de culpa como mi Juez. Él juzga por Su propia justicia, y ésta es mi justicia. Yo soy esto. Estoy unido a Él, y, en este sentido, soy lo mismo que Él. En esto el amor queda perfeccionado, y tengo confianza para el día del juicio. Se ha manifestado el amor, y me hace desgraciado si mi corazón no lo corresponde. No tengo confianza para el día del juicio. Hay un juicio, y a fin de que el amor sea perfecto en nuestros corazones, no debe haber temor al juicio. A fin de que tenga toda su perfección, yo he de tener confianza en el día del juicio, y tengo esta confianza estando donde Cristo está. Esto es cierto ahora. No es que haya ya llegado a la gloria; pero es cierto como teniéndole como mi vida, y estando unido a Él. Ahora él saca en el acto la conclusión: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor.» El temor ha desaparecido completamente. Si le tengo temor a mi Padre, no puedo gozar de Su amor. Y en esto hay tormento. El amor echa fuera el temor. Nada hay que temer si Dios me ama perfectamente, y si nada hace más que amarme. Esto es lo que dice el Señor Jesús: «Les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos» (Jn 17:26). Y así vuelve a decir: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14:27). Aquella misma paz que Él tenía en Sí mismo nos la ha dado a nosotros. Él no temía a Su Padre. Él poseía una paz y un deleite inefables. Bien, «como él es, así somos nosotros en este mundo». Luego viene la consecuencia de conocer este amor: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero». El corazón se vuelve a Él en agradecimiento y amor.

Versículos 20-21

Pero ahora, como a través de esta Epístola, el apóstol aplica una especie de contraprueba. «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» Si Su imagen en los santos no atrae afecto alguno, no le amas de verdad a Él. Puedes decir que sí le amas, pero no es cierto. Encontramos todo a lo largo de la Epístola esta clase de contraprueba. Vemos aquí otra cosa destacable. Ni siquiera el mismo amor sale del puesto de la obediencia en su ejercicio. «Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.» Por benditas que sean las operaciones de la naturaleza divina en nosotros, siempre aparecen bajo la forma de obediencia. Esto fue cierto incluso en el caso de Cristo. Hablando de Su propia muerte, en la que quedó de manifiesto Su perfección de una manera plena, Él dijo: «Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago» (Jn 14:30, 31).

1ª Juan 5

Versículo 1

En este capítulo hay una especie de recapitulación de quiénes son ésos. No de lo que son, sino de quiénes son, y de qué es aquello en lo que ellos tienen parte. En el capítulo anterior, por ejemplo, hemos visto que se trataba de amar a los hermanos. Ahora viene la pregunta, no de quien es mi prójimo, sino de quién es mi hermano. «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él.» No tenemos ahora una prueba espiritual o moral para ver si el amor es real, sino que se nos muestra a aquellos que son los hijos de Dios, y entonces que «todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él.» Esto es, que si se trata realmente de este amor divino, amaré a aquellos que nacen de Dios. Si es por causa del padre, amaré a todos los hijos, y es de esta manera que se expresa aquí.

Versículos 2-3

Pero en el versículo 2 da una contraprueba de que este amor es genuino. Sé que amo a Dios al amar a los hijos de Dios; pero sé que realmente los amo si amo a Dios y guardo Sus mandamientos. A todo lo largo de esta Epístola corre una serie de contrapruebas que es de la mayor utilidad. Si tenemos el Espíritu Santo, es también el Espíritu de verdad. Así, tengo el medio de comprobar una cosa por la otra. Podría aparentar que amo mucho a los hijos de Dios, mientras que podría ser sólo un sentimiento de partido. Pero si amo a Dios, los amo a todos por causa de Él. Todo lo demás puede ser meramente un sentimiento de la naturaleza humana. Es la introducción de Dios lo que lo establece todo de manera justa. Se dice en 2 Pedro: «Añadid ... al afecto fraternal, amor». Por esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos Sus mandamientos. Si los amo como hijos de Dios, se debe a que amo a Aquel que los engendró. Los abarca a todos, pero siempre le incluye a Él, y por ello se trata de una cuestión de obediencia. «Pues este

es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.»

Versículo 4

La gran dificultad es el mundo; pero la fe lo vence. «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.» Hay una naturaleza que hemos recibido que pertenece a un sistema que no es en absoluto del mundo. «No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo» (Jn 17:16). «Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba.» El mundo, como sistema, es del diablo—no en absoluto de Dios. Todo lo que hay en él, «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (2:16). El Padre es la cabeza, fuente y bendición de un gran sistema al que el mundo está totalmente opuesto; y por ello, cuando el Hijo vino al mundo, el mundo le rechazó, y esto ha puesto al mundo, como mundo puesto a prueba, en total antagonismo al Padre. Siempre vemos que se trata de la carne contra el Espíritu, del mundo contra el Padre, y del diablo contra el Hijo. «Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo.» Es la verdad la que santifica. La dificultad es el mundo. Contemplamos las cosas que se ven, no las que no se ven, y por esto nos debilitamos. La victoria que vence al mundo es nuestra fe.

Versículos 5

No se trata meramente de una naturaleza que nos ha sido dada, sino que como criaturas hemos de tener un objeto para esta naturaleza, y éste es el Señor. Tengo que tener el verdadero objeto, y, por ello, «¿quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» Está ocupado con algo. Cuando descubro que Aquel a quien el mundo ha escupido y crucificado es el Hijo de Dios, digo que esto es lo que es el mundo. Y por ello, cuando mi fe realmente reposa en Jesús como este Menospreciado, el Hijo de Dios, he acabado con el mundo; lo venzo como a un enemigo.

Versículo 6

Aquí tenemos una breve relación de estos santos. Son nacidos de Dios; son un grupo de personas que pertenecen a Él como aquellos que viven; viven en otro mundo que pertenece al Padre. Luego habla del espíritu y del poder en el que vino Cristo, aquel por medio de quien somos conectados con esta escena de bendición que pertenece al Padre. «Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre.» Esto se retrotrae a un principio vital que hemos visto a través de toda la Epístola. Si hubiera sido sólo por agua, Juan el bautista vino por agua. La palabra de Dios,

si se aplicaba al hombre sólo como hijo de Adán, no podía purificarle. La venida de Cristo al mundo por esta agua puso al hombre a prueba; y el hombre era enemigo de Dios, y por tanto no había manera de enmendarlo. Entonces vino a ser una cuestión de redención, de sangre, así como de agua, y aquella vida estaba en el Hijo; no en el primer Adán, sino en el Segundo. «Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre.»

Hay, como sabemos, una purificación; pero ésta es el efecto de la redención sobre la nueva vida. Fue de un Cristo muerto que brotó la purificación. Un Cristo viviente que entra en el mundo se presenta al hombre para ver si se podía establecer algún vínculo entre Dios y el hombre. Pero entonces el hombre quedó definitivamente condenado, y entra la muerte. Y siempre es así. «Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis.» Y ésta es la razón por la que dice que se tiene que comer la carne y beber la sangre. Si no le tomáis como un Cristo muerto, nada tenéis, porque aquella purificación salió de un Cristo muerto. Es muerte a lo antiguo, y se introduce una vida enteramente nueva.

Versículos 7-8

Luego tenemos otra verdad bendita. Tenemos un Cristo muerto que ahora vive por los siglos de los siglos; y luego tenemos al Espíritu Santo morando en nosotros. Pero esto es todo como perteneciente a un mundo nuevo. «Tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre.» Tenemos tres testigos, dando testimonio el Espíritu; siendo el agua el poder purificador, y la sangre el poder de expiación; y estos todos concuerdan. No hay purificación de la vieja naturaleza, pero hay el otorgamiento de una nueva naturaleza. «Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.» No es enmendando al viejo Adán, sino que es vida en el Hijo. «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» No hay vida perteneciente al viejo hombre, éste está rechazado, y no habrá dos Adanes en el cielo. Aquí está el Hijo, y aquellos que tienen vida en el Hijo. Dios comenzó a llevar esto a cabo desde la caída, pero la plena verdad de esto fue expuesta cuando Cristo resucitó.

Versículos 9-10

Luego tenemos otro punto en relación con la verdad, y es su conocimiento. «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo», porque tenemos a Cristo, por medio del Espíritu de Cristo en nosotros. Por ello sé que tengo vida eterna, que soy hijo de Dios. Tenemos esta bendita conciencia y consuelo. La obra ha sido llevada a cabo, la sangre ha sido derramada, y además de esto yo clamo Abba, Padre, por medio del Espíritu que mora en mí. Esto es: «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo». Posee aquello; en una palabra, posee a Cristo.

El fallo del incrédulo no es que no tenga la bendición, sino que hace mentiroso a Dios. Dios ha dado un testimonio adecuado acerca de Su Hijo, y «el que no cree en Dios, le ha hecho mentiroso». Y, por ello, una persona que rechaza el evangelio está rechazando el testimonio de Dios acerca de Su Hijo. El testimonio era suficiente. Leemos de muchos que creyeron en Su nombre. Pero no vencieron al mundo, porque no había una fe verdadera. Jesús no se confiaba a ellos.

Versículos 11-12

«Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.» Es de la mayor importancia ver que no se trata de que la naturaleza que ya tenemos sea enmendada, sino que tenemos otra que antes no teníamos, al recibir a Cristo como nuestra vida. Y todo el resto queda cumplido. El Espíritu es el Espíritu Santo presente en el mundo. El agua salió del costado de Cristo, así como la sangre. El agua purifica lo que ya existe. El agua es el lavamiento por la palabra—pero no sin el poder del Espíritu Santo. Se trata de la aplicación de la Palabra por el Espíritu Santo. Pero, además de esto, el agua da la idea del lavamiento por la palabra; y por ello dice que nacemos del agua y del Espíritu.

Versículos 13-15

Queda una cosa —la confianza actual que tenemos con Dios. «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, es decir, los que creéis en el nombre del hijo de Dios» (v. 13, V.M.). Y luego viene la confianza diaria: «Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.» Somos verdaderamente reconciliados con Dios. No se trata de una condición incierta con respecto a Dios, sino que estamos confiados con Él. Tenemos confianza en Él. No se trata meramente del hecho de que hayamos sido salvados, sino que tenemos una confianza presente. «Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.»

Versículo 16

Pero hay otro privilegio que tenemos —el de interceder por otros. Y ahora, también, tenemos un atisbo de los tratos de Dios en cuanto al gobierno para con los salvos. «Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.» En el caso de Ananías y Safira, hubo pecado de muerte. Hay unos constantes

tratos de Dios en gobierno con Sus hijos, cuando, si el carácter del pecado no es de muerte (puede persistir hasta ella), se trata de una cuestión de disciplina. Hay muchas enfermedades que son una disciplina de Dios en una u otra forma —disciplina positiva, la cual, si el corazón se inclinara a Dios ante ella, sería para bien.

Versículo 17

La disciplina no es siempre por faltas concretas. En Job se dice (cap. 33:18, 19): «Detendrá su alma del sepulcro, y su vida de que perezca a espada. También sobre su cama es castigado con dolor fuerte en todos sus huesos»; y vemos en el versículo 17 que tiene el propósito de apartar al hombre de su soberbia. Luego, en el capítulo 36 se expone la disciplina por faltas concretas (v. 9): «El les dará a conocer la obra de ellos, y que prevalecieron sus rebeliones. Despierta además el oído de ellos para la corrección, y les dice que se conviertan de la iniquidad». Había una disciplina positiva de Dios. Aquí no se trata meramente de que haya disciplina, y de que si hay «algún elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber; que le diga que Dios tuvo de él misericordia, que lo libró de descender al sepulcro», etc.

Pero ahora, como cristiano, tú mismo estás calificado para ser este mediador. El cristiano que tiene derecho a interceder, y que camina con Dios, tiene este acceso ante Dios para ser oído en todo lo que pide. Cuando entonces ves pecar a un hermano tuyo, y que cae bajo la disciplina de Dios, tú vas para ser este mensajero escogido. Es cuestión de disciplina y de castigo por el pecado; y si se usa esta intercesión, él será restaurado. Supone a una persona que anda con Dios, para poder ser Su intérprete.

Versículo 18

«Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado.» El hombre está viviendo según la carne si se abre al pecado. La nueva naturaleza no peca. Por ello, si peca en absoluto, tiene que ser porque está actuando en la carne. Si andamos en el Espíritu, Satanás no tiene poder sobre nosotros en absoluto. «Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.»

Versículos 19-21

«Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.» Lo recapitula todo en estos dos versículos. «El mundo entero está bajo el maligno», y «somos de Dios». A veces nos cegamos a cosas muy claras a fin de salvar algo del mundo. Pero «sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es

verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo.» Estando Dios revelado en Cristo, y estando nosotros en Cristo, tenemos nuestro puesto en una escena totalmente fuera del mundo.

Tenemos aquí, también, un testimonio notable de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. «Y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.» Es una gran consolación, porque, cuando he encontrado a Cristo, tengo al mismo Dios. Le he encontrado; le conozco; y conozco lo que Él es para mí. «El que tiene al Hijo tiene también al Padre.»

2ª Juan

Lo que caracteriza de manera especial a esta Epístola es la vinculación de la verdad con la manifestación del amor. Tanto la segunda como la tercera Epístolas se ocupan de la recepción de aquellos que habían salido a predicar. La tercera Epístola encomienda al amor de los fieles a los que salieron por causa de Cristo, que al recibir a los tales, se convertían en colaboradores de la verdad.

Aquí Juan advierte a esta señora en contra de recibir a ciertas personas que no traían la verdad. En su primera Epístola había apremiado de manera extrema el andar en amor. E igualmente aquí dice: «Ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros.» Luego toma estos dos guardianes de la verdadera caridad: el uno es la verdad, y el otro es la obediencia: precisamente lo que fue Cristo mientras estaba en el mundo. Fue amor venido al mundo, el testigo y testimonio del amor, y Él era la verdad y el Hombre obediente. Su amor para con Su Padre se manifestó en que le obedeció en todas las cosas. Él fue la verdad al mostrar todo tal como era. Además, Él descendió para hacer la voluntad de Aquel que le había enviado.

Versículos 1-2

Juan recoge aquí estos tres grandes principios. Se insiste en el amor —o caridad divina, pero es siempre la verdad, porque es Cristo; y si no es en la verdad, es una negación de Cristo; es decir, que puede haber amor en la naturaleza. Lo tercero es la obediencia a los mandamientos de Cristo. Ésta es la ocupación de un cristiano que obedece a Cristo, con verdad en el corazón, y amor como la fuente de todo ello. Y esto es precisamente Cristo. No podéis separarlos. La carne puede aparentar una cosa; puede hacer una gran exhibición de amor; pero no es verdad y obediencia, no es Cristo.

Aquí es una cuestión de conciencia para con todos. No se trata de una cuestión eclesiástica, sino de una mujer si es así llamada. Es asunto de conciencia personal para cada santo, la

cuestión del individuo recibiendo a Cristo en Sus miembros y en rehusar a todo lo que niegue a Cristo. Y éste es el medio de juzgarlo: «A causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros». El apóstol amaba a la señora y a sus hijos, pero era a causa de la verdad. Donde no hubiera esto, no podía haber amor divino.

Versículos 3-4

Luego, en el siguiente versículo tenemos: «del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y amor». «Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre.» Ahora introduce la obediencia: es un mandamiento del Padre. Él hará que le sea dada la honra al Hijo, como a Él mismo.

Versículos 5-6

«Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos.» Así como Cristo anduvo según los mandamientos de Dios porque le amaba. Como Él dijo (Jn 14:31): «Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago». Y así es con los que le siguen: «Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio».

Versículo 7

Luego añade: «Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.» Si este amor divino descendió en un hombre, ¿qué era su negación? Cristo vino como hombre. No podía ser un mero hombre venido en carne. Si alguien dice: He venido en la carne, yo le preguntaría: ¿Y de qué otra manera podrías haber venido? Esto es lo que tú eres; eres un mero hombre. Pero lo que se dice de cada uno de los «que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne» es que «quien esto hace es el engañador y el anticristo.» Hombre Perfecto como és, es infinitamente más que esto.

Versículo 8

«Mirad por vosotros mismos.» Si todos se hubieran apartado, la obra del apóstol habría quedado quemada con fuego. Y por ello les dice: «Mirad por vosotros mismos, para que no perdamos las cosas que hemos obrado, sino que recibamos galardón completo» (v. 8, RV). El galardón completo en este sentido es por la obra que ha hecho en almas de otros.

Como se dice del Señor Jesús, «verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho» (Is 53:11); y así nosotros, en nuestra pequeña medida, lo recibimos.

Versículo 9

Ahora tenemos un poco más. Después de haber hablado acerca de estos engañadores, añade: «Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios». Si no tienes al verdadero Cristo, no tienes a Dios en absoluto. Este es el primer gran principio general. Todo a través de Juan, cuando está hablando de relación, tenemos al Hijo; pero si se trata de naturaleza, es Dios, no el Padre. En Juan 8 tenemos a Dios; y Jesús asume este puesto: «Antes que Abraham fuera, yo soy.» Puede que se dé el rechazo de la verdad, y entonces no se tiene a Dios en nada; el tal queda fuera de toda aquella escena en la que se desarrolla esta gracia: no tiene la doctrina de Cristo, esto es, la verdad en cuanto a Cristo; en tal caso, el tal no tiene a Dios en absoluto. En cambio, «el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo». El que así persevera recibe todo el desarrollo de esta inefable gracia. Esta gracia es la perfecta revelación de Dios en su propia bienaventuranza en su propio interior, no fuera, sino que se tiene a Dios dentro; y en esto se posee toda bendición, en la que el Padre ama al Hijo y ha dado al Hijo para nosotros; tienes al Padre y al Hijo. «Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo ... Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1 Jn 1:3, 6). En este último caso, no hay entonces comunión con Dios, por cuanto la naturaleza de Dios es luz.

Versículos 10-11

Existe, primero, el enorme hecho de no tener a Dios en absoluto; uno está absolutamente sin Dios si no tiene a Cristo. Luego, en segundo lugar, cuando desarrolla la verdad, se trata del Padre y el Hijo. Él apremia a estos santos a que sean decididos. «Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!» Hacer esto sería alentarle y ayudarle; es violar mi propia conciencia, porque estoy admitiendo un Cristo falso, lo que es el más profundo deshonor para Dios. Si muestro esta apariencia de amor donde no hay verdad, no es en absoluto de Cristo; es negarle y decir que lo falso es tan bueno como lo verdadero. Es ayudar al Anticristo, y no al Cristo. «El que le dice: ¡Bienvenido!» (esto es, literalmente quien le saluda al irse), «participa en sus malas obras.» Era una señal de reconocimiento y de compañerismo.

Versículos 12-13

«Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que vuestro gozo sea cumplido.» Tengo aquí algo más, aquella clase de afecto que debiera reinar entre los santos. No se trata de una especie de amor abstracto; había gozo en verlos, un verdadero consuelo en ello, y se regocija en ver su bienestar. El Espíritu Santo siempre alienta esta actividad de amor, por muy enérgico que sea Él en favor de la verdad. Cristo ha venido al mundo: éste es el centro al cual pueden acudir las almas y hallar a Dios en gracia. Cuando cualquier cosa perturba esto, no queda recurso alguno. Si Satanás no logra nada mediante la persecución, intenta perturbar las almas acerca de la verdad en Cristo. Se presenta como león rugiente, buscando a quién devorar: esto es la persecución. Pero no se presenta siempre como león rugiente. Cuando viene como serpiente (esto es, cuando se desliza y no ruge en absoluto), es mucho más peligroso. Una persona es probada por su violencia e ira; pero la cosa es mucho más seria cuando tenemos que resistir las artimañas del diablo. Sin embargo, cuando uno se aferra de manera sencilla a Cristo, todo es sencillo. Aquí tenemos el caso de una señora. Se trata de la fe personal que se aferra a Cristo por Él mismo. Aquella persona puede que no sea lo suficientemente sabia como para rectificar el mundo, pero hay algo a lo que la fe se aferra. He de tener a Cristo. El secreto de todo es la fe personal individual que se aferra a Cristo y a Su verdad. Es una misericordia maravillosa tener aquello que es una prueba de todo, y una prueba del amor de Cristo. Lo que me lleva a través de todo es tener un objeto claro y distintivo conforme a la mente de Dios; así es como Cristo anduvo; y, si nos aferramos a Cristo, siempre es así.

3ª Juan

Aquí tenemos el mismo gran principio, en general, que hemos visto en la Segunda Epístola—esto es, el amor a la verdad. Sólo que allí Juan está advirtiendo contra cualquiera que transgrediera contra la doctrina de Cristo, y aquí es más bien el aliento de una conducta llena de gracia y generosidad para con aquellos que habían salido a predicar la verdad.

Versículos 1-4

Aquí tenemos la bondad que obra entre cristianos. Desea el apóstol que Gayo sea prosperado y que tenga salud, así como prospera su alma. Este Gayo recibía a los hermanos que habían salido a predicar la palabra, y Diótrefes estaba celoso de ellos. No sólo rehusaba recibir a los hermanos él mismo, sino que quería impedirlo a los que los querían recibir. Había una resistencia al libre testimonio dado de Dios por aquellas personas que habían salido a ello. «Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles.» Salieron libremente, confiando en el Señor, y Diótrefes no quería tales cosas. Así que no sólo no quería recibirlos él mismo, sino que si otros lo hacían, se lo prohibía, y los echaba de la iglesia. El Apóstol escribe para fortalecer a Gayo en el espíritu de una cordial bienvenida al recibirlos.

En Diótrefes tenemos el amor a la preeminencia, un deseo carnal en él, y ello hasta llegar al extremo de hablar contra el apóstol. Sin embargo, el punto principal en el que insiste el apóstol, al escribir a Gayo, es que él estaba en la verdad. Es destacable en Juan que, cuando habla del amor, siempre lo circunscribe de manera expresa en lo que él llama «la verdad». El verdadero amor, la caridad, está en el mismo Dios. Él es amor, y allí donde el amor sea real, tiene que ir resguardado por la verdad según está en Jesús, o no es de Dios. Por ello, antes de encomiar a Gayo por su amor y hospitalidad a los hermanos, le dice: «Mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad.» Esto es lo primero que toca, antes siquiera de mencionar lo que hace a los hermanos y a los extranjeros.

Versículos 5-8

«Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles.» Gayo era evidentemente un hombre bondadoso, hospitalario con estos extranjeros. «Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad.» Es una expresión destacable: «la verdad». «Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna.» Cristo es la verdad. «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.» Todo lo que no fuera Cristo era naturaleza, y esto no era la verdad, y nunca podría uno discernir de otra manera entre el bien y el mal.

Ciertamente, Cristo es «la verdad». Si hablamos de la verdad, significamos que es una persona hablando de manera exacta lo que es la verdad acerca de cualquier cosa. Cristo nos da la verdad acerca de Dios. Satanás adopta formas muy hermosas, como en el caso de Pedro, cuando dijo con referencia a los sufrimientos de Cristo: «Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca». Pero Cristo le responde: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Mt 16:22, 23). Dijo la verdad acerca de esto. Parecían unas palabras muy bondadosas y hermosas; pero en realidad constituían una negación de lo que Él tenía que hacer, y Cristo dice la verdad acerca de ellas. Y así es con el hombre. ¿Quién habría podido sospechar que el hombre fuera a hacer cosas como las que hizo cuando Cristo estuvo aquí? Ahí tenemos la verdad acerca del hombre; todo su mal quedó expuesto; no fue totalmente detectado hasta que vino Cristo. De la misma manera, no conozco lo que es el pecado hasta que lo veo en la cruz de Cristo. Y lo mismo precisamente acerca de la justicia. Cristo es la verdad. Tanto si se trata de Dios, del hombre o de Satanás, de justicia o de pecado, la verdad acerca de todo está en Cristo; y si tenemos a Cristo tenemos la verdad. Cuando tenemos que discernir nuestro camino en medio del bien y del mal, no conocemos la verdad a no ser que tengamos a Cristo. La verdad está en Él; no está en mí.

Versículos 9-10

En el momento en que tengo a Cristo y en que juzgo según Sus sentimientos y pensamientos, puedo discernir el pecado. Puede asumir una forma muy bella —quizá el amor a tu padre o a tu madre; pero, en cada caso, la verdad lo detecta todo. Dios se ha

demostrado como amor, yendo más allá de todo mal; pero sigue siendo siempre «la verdad». Si él sobrepuja al pecado, también muestra qué es el pecado. Es de una inmensa importancia asirse de Cristo, o no conocemos qué es la verdad. Satanás es el padre de mentiras, y ninguna mentira es de la verdad. Vemos, con el apóstol, que era su gozo presentar esta verdad más aguzada que una espada de dos filos, sin eximirse a sí mismo en nada. Era su gozo ver a sus hijos andando en la verdad. Luego, cuando la verdad queda establecida, es hermoso ver correr el amor. «Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor.» Ahí encontramos el amor fluyendo de manera hermosa. En el momento en que la verdad queda establecida en Cristo de manera que nuestro propio corazón es juzgado, entonces Dios queda libre para actuar. En aquel momento en que he poseído la verdad, esto es, a Cristo, y libre del yo, este amor divino comienza a actuar en su canal adecuado. «Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá 6:10). Dios tiene un amor peculiar por los Suyos, pero Él está lleno de gracia y es bondadoso incluso con los mismos gorriones; hace que Su sol resplandezca sobre los malos y los buenos, y envía lluvia sobre los justos y los injustos.

«Y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios.» Ellos eran los predicadores que iban de lugar a lugar. «Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles.» Se habían encomendado al cuidado de Dios.

Versículos 11-15

«Todos dan testimonio de Demetrio, y aún la verdad misma.» Juan contempla «la verdad» como un objeto que se encuentra en el mundo, y que está pasando por un gran servicio en conflicto. Demetrio recibe el testimonio de la verdad; el evangelio mismo daba testimonio de él. Aquí se personifica al evangelio, a la verdad. Si alguien es aborrecido por causa de la verdad, podemos decir que es la verdad la que es aborrecida. El evangelio es amor en la verdad, y ello operando en el mundo. Ésta es la sustancia de esta Epístola: primero, la verdad; luego, la operación del amor y de la gracia, que conviene a un colaborador de la verdad. Luego dice que había estas personas que entraban en la iglesia y que se establecían en ella con preeminencia. Ni siquiera recibían al apóstol. Pero esto no le quitaba su poder al apóstol. «Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace», etc.

«Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios.» Hemos visto primero la verdad, y luego la gracia para con los hermanos y con otros en general. Si haces el bien, eres de Dios. No se trata de una cuestión de un mero mal, sino que «el que hace lo bueno es de Dios.» Es el servicio activo

de amor. Dios no hace el mal, esto es evidente: pero hace el bien. «Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero.» Demetrio era uno de aquellos que había salido a esta misión y que Diótrefes no quería aceptar, y a quien el apóstol alienta a Gayo a recibir.

Es interesante ver en la Escritura no sólo grandes doctrinas, sino todo el interior de lo que estaba incluso entonces operando. Somos susceptibles de ver cosas sobre pedestales. La realidad es que las cosas estaban entonces como ahora. Había los que iban predicando la verdad, y algunos no querían recibirles. Vemos así el interior de la cristiandad entonces como ahora, mientras que por lo general pensamos que era algo extraordinario; la realidad era que existía el mismo enfrentamiento entre el bien y el mal, en principio lo mismo que vemos en operación hoy en día. El apóstol fue dejado para ser testimonio de la decadencia de la iglesia, y para darnos las advertencias que se necesitan a todo lo largo de su historia.

Es algo maravilloso conocer que «la verdad» ha venido al mundo. No se trata meramente de que ciertas cosas sean verdaderas, sino que la misma verdad ha venido. Poseo aquello que es la misma verdad de Dios, en medio de los pensamientos y confusiones de los hombres. «La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn 1:17). Aquí hemos visto estas dos cosas: la verdad que ha venido y lo ha puesto todo a prueba; y luego la gracia para con los hermanos y estos extranjeros, en conformidad a esta verdad. Es una cosa excelsa tener aquello que nos liga a Cristo, que permanecerá para siempre. Este mundo se desvanece, y sale el aliento del hombre: «Vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos» (Sal 146:4). Pero en medio de todo ello tenemos la verdad. La palabra de nuestro Dios permanece para siempre. Aferrándonos a esto en paz, hemos obtenido, por la gracia, lo que sabemos que es eterno. Cristo es «el camino, y la verdad, y la vida.»